

Una profesional transgresora y comprometida. Homenaje a Ana María Lorandi

Ana María Presta

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET)

Universidad de Buenos Aires (UBA)

Buenos Aires, Argentina

 [0000-0002-5514-1949](https://orcid.org/0000-0002-5514-1949)

Recibido: 6 de marzo de 2026

Aceptado: 20 de marzo de 2026

Nota de investigación.

Cómo citar: Presta, A. M. (2026). Una profesional transgresora y comprometida. Homenaje a Ana María Lorandi. *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*, 30(1), pp. 490-503. DOI: <https://doi.org/10.35588/2hhth698>

La propuesta del XI Congreso alude al aporte de las mujeres al desarrollo de la especialidad objeto de escrutinio e indagación en esta versión de la reunión de etnohistoriadores/as de 2022¹. Se me ha pedido presentar en esta mesa tan especial y emotiva, así me permito calificarla por los recuerdos que concita, las escenas de vida y las prácticas, algunas compartidas, entre Ana María Lorandi y quien las retrata, de manera que los argumentos académicos irán teñidos por los afectos, más allá de mi propuesta de abordaje. La misma tiene por objetivo observar y ponderar las categorías, prácticas y representaciones de género, las sexualidades, el patriarcalismo, el paternalismo, el desequilibrio y la desigualdad de oportunidades sexuadas, teniendo en la mira la específica generación, las relaciones clase y poder que hoy nos convocan a la militancia para recorrer ese

1 Estas palabras fueron presentadas en el XI Congreso Internacional de Etnohistoria: el aporte de las mujeres y los desafíos para las plurinacionalidades, desarrollado entre 8 y el 11 de noviembre de 2022 en la Universidad de Santiago de Chile (USACH) en la Mesa redonda: Mujeres en la etnohistoria: homenaje a Ana María Lorandi coordinada por Leonor Adán (Universidad Austral de Chile) y Xochitl Inostroza (USACH).



pasado en que se inserta la formación y profesionalización de Ana María a mediados del siglo XX. Entonces, esas variables e inequidades de género, aunque se materializaban en las prácticas, estaban tan naturalizadas culturalmente que distaban de reconocerse por ser parte integrante del universo académico relacional y, por supuesto, fuera de él. Como historiadora, me propuse también excavar y determinar si ese campo conceptual debidamente contextualizado es el adecuado para ponderar la carrera de Lorandi, lo cual veremos a lo largo del desarrollo de sus estudios universitarios, su derrotero académico y su promoción institucional, la elección de los campos disciplinares por los que transitó y los resultados de su larga y exitosa carrera.

Comencemos por situar a Ana María en su vida personal. Nació en 1936 en el seno de una familia de inmigrantes del norte de Italia y en medio de la llamada Pampa Gringa, en una rica y progresista colonia agroindustrial, Cañada de Gómez, al sur de la Provincia de Santa Fe (Argentina) cuya vitalidad la enfatizaba el ferrocarril Buenos Aires-Rosario-Córdoba. Su abuelo paterno y su papá fueron ferroviarios; el abuelo obrero y su papá, que había cursado la escuela primaria, oficinista. Su mamá, hija de la tierra nacida en San Antonio de Areco (provincia de Buenos Aires), se dedicaba a tareas del hogar y, según Ana María, traía el peso de la tradición. En un lenguaje muy sicoanalizado, y en una entrevista realizada en 2011, cuando tenía 75 años, juzgó a sus padres presa de “una vocación de castradores” (Lorandi citado en Torres Agüero, Gesteira y Hirsch, 2011) que ella se empeñó en sortear y trascender. En ese reportaje, se definía como rebelde, desafiante y apasionada por la lectura, de manea que en 1950 no era difícil estimar la incompreensión de un hogar de trabajadores de pueblo por la vocación de una hija que no solo viajaba para estudiar en la ciudad, sino que muy pronto lo haría a sitios lejanos para concretar sus excavaciones arqueológicas. Más allá de ello, definió a su padre como curioso y lector, aunque sin vocación intelectual, la que a ella le sobraba. Valoraba su secundario en la escuela pública, donde ya se sentía atraída por la literatura y la historia, lo cual la llevó a trabar amistad con un grupo de jóvenes que, en sus palabras, “se reunían a filosofar”, siendo ella la única mujer de un colectivo adolescente masculino que leía a Ortega y Gasset, Víctor Hugo, Balzac y revistas de actualidad. En pleno peronismo y con una Eva Perón que fomentó

y logró la concesión de derechos para las mujeres, como el voto femenino, Ana María recordaba haber dado una conferencia en 1952, a sus 16 años, precisamente sobre ese tema, poco antes de inscribirse en la carrera de Historia.

La carrera de Historia de la Universidad Nacional del Litoral (UNL) con sede en Rosario había sido creada en 1948 y en 1951 se fundaba el Instituto de Antropología, que comienza a funcionar al año siguiente bajo la dirección del Prof. Antonio Serrano, quien al renunciar en 1954 es reemplazado por el Dr. Alberto Rex González, titulado en ciencias médicas y con trayectoria en la arqueología nacional que lo presentaba como un potencial renovador de una disciplina que aún no ofrecía titulación universitaria. En medio de la cursada de grado y su participación en el Instituto de Antropología se produce el golpe militar antiperonista de 1955, autodenominado Revolución Libertadora. Las casas de altos estudios no eran, precisamente, aficionadas al peronismo. Salvo excepciones, los profesores y estudiantes oscilaban entre el liberalismo progresista y la militancia de izquierda, de manera que con el golpe, un recambio de académicos y profesionales de la docencia iba a hacerse notorio a mediados de la década de 1950. Fue así que ingresaron en la UNL con sede en Rosario, jóvenes y brillantes profesores como Nicolás Sánchez Albornoz, que reemplazó a Boleslao Lewin en la cátedra y en la dirección del Instituto de Historia Argentina, junto a sus colegas Tulio Halperín Donghi, el uruguayo Gustavo Beyhau, Sergio Bagú, Alberto J. Plá y David Viñas en Literatura, Ramón Alcalde y Adolfo Prieto, en latín y griego, León Rozichner, Francisco Romero y Rafael Mercado Vera, los tres últimos en materias de filosofía. A fines de 1950 se concreta la modificación del plan de estudios y se genera la orientación en Antropología, siempre dentro de la carrera de Historia. El asesor y colaborador en la reforma no fue otro que Rex González, quien avizoraba el enorme campo de investigación que se iba a desarrollar tanto en Rosario como en otras universidades frente a la puesta en marcha de la nueva disciplina y su potencial. Al decir de quien entonces era estudiante de Antropología, Edgardo Garbulsky, Rosario se hacía eco del inicio de la profesionalización de las ciencias sociales (Garbulsky, 2004, pp. 42-43), en una conjunción inusitada de profesores y estudiantes que elevarían la calidad de la novel disciplina. Y sobre González,

otra de sus discípulas, Myriam Tarrago, diría que era un profesor “fascinante”, un “gran comunicador” que cautivaba hablando, y con pleno conocimiento, tanto de Teotihuacán, como de Alamito o la China.

A los 19 años, Ana María era Auxiliar o Ayudante estudiantil o de segunda categoría en Arqueología Argentina, cátedra que ejercía Rex González, quien como titular del Instituto (1954-1958) organizó la primera campaña a Alamito, departamento de Andalgalá en la provincia argentina de Catamarca, en 1958. Con la pasión que siempre le puso al trabajo, Ana María consiguió fondos de una de las empresas de su pueblo, La Helvética, metalúrgica fabricante de acoplados de camiones, que financió dos campañas arqueológicas. Cuando se organiza la segunda, en 1959, Rex González ya había partido a los Estados Unidos para proseguir su doctorado en antropología, de manera que sus discípulos la encararon solos, con el espíritu de cuerpo que habían adquirido y bajo la supervisión de Susana Petruzzi quien se convertiría en la primera profesora de la primera cátedra de Antropología Cultural del país (Garbulsky, 2004, pp. 45-46). Mirándose en retrospectiva, Ana María se reconocía entonces como “muy jovencita”, “recorriendo la provincia de Catamarca a pie” y con enorme entusiasmo. Bella, desprejuiciada y con una sonrisa seductora, encaraba su responsabilidad con pasión y devoción, sin dejar de divertirse con los compañeros y peones que acompañaban el trabajo de campo, sobre los cuales desplegaba tanto autoridad como simpatía. Pensando en esos tiempos y en su trayectoria de 30 años de arqueóloga, dijo haberse sentido orgullosa de haber participado de la construcción de la arqueología científica argentina, que además del campo se nutría de seminarios, talleres y debates para evaluar la tarea en sitio.

En su mayoría varones, los profesores liberales que habían poblado las aulas de la UNL en Rosario formaron parte, junto a sus discípulos, de la nombrada “Generación de los Sesenta” (Garbulsky, 2004), fuertemente atravesada por el contexto político. La década de 1956-1966 se conoció como la “Década Liberal de la Universidad” de “Modernización Universitaria o de “Apertura Teórica” (Madrado 1985). Se había iniciado con el golpe a Perón en 1955 y se diluyó con otro golpe, el del general Juan Carlos Onganía en 1966, cuando la policía, ignorando la autonomía universitaria, invadió los

claustros motivando el éxodo de profesores y estudiantes (Tarragó, 2017, p. 6). Esos profesionales que habían protagonizado la década de modernización tenían un público infatuado al que cautivaban sin excepción de género, sexualidades y diversidades obviamente soterradas e ignoradas, aunque el público femenino se sentía seducido por el saber y los discursos, sin reflexionar sobre las tremendas asimetrías o el ejercicio indiscutido del poder situado en el podio, la cátedra y los institutos, sobre el que asimismo se cernían las profundas desigualdades sexuadas, el patriarcalismo, el paternalismo y el machismo, sin discusión, que viajaban desde la facultad al trabajo de campo. Una de mis fuentes para este ensayo, Myriam Tarragó, recordaba que, por entonces, las mujeres no usaban pantalones, concluyendo que los profesores “eran muy mirones”, sobre todo de las piernas de sus alumnas, pero que bastante fieles a su matriz ideológica distaban de ser atrevidos. Si lanzados a la seducción de alguna estudiante eran notablemente sutiles. No obstante ese detalle, y por historias conocidas que aquí no cabe mencionar, alguna de las estrellas masculinas de entonces, fieles a su cercanía a los cazadores y recolectores, fueron verdaderos depredadores, dentro y fuera del claustro. No dejemos de considerar que estamos situados en un mundo, en una academia de hombres, donde sólo contadas mujeres, por su tenacidad, inteligencia, determinación y vocación ilimitada podían destacarse, como lo haría Ana María Lorandi, quien trascendió el rol que hasta hace muy poco ejercieron discípulas, colaboradoras y compañeras de los famosos, al que denomino *secretarias todo terreno*. Ana María siempre tuvo luz y vida propias, ideas, proyectos y rutas individuales que invitó a compartir, con tremenda generosidad, a sus estudiantes y colaboradores.

El trabajo desempeñado por los profesores que habían llegado a Rosario y permanecido en sus aulas durante una década dio luz a un proyecto multidisciplinar, antesala del que John Murra encararía en la década de 1970 en Huánuco Pampa, Perú. Con la experiencia de Sánchez Albornoz, sus aportes demográficos y cuantitativos aplicados a la historia de la población, más la prédica metodológica de Tulio Halperín Donghi y la renovación arqueológica de Rex González, en 1959 se encaró el Proyecto de Estudio de Área Cultural del Valle de Santa María, en el que Ana María fue entusiasta colaboradora y cuyos

resultados se publicaron en 1960 (Carrara et al., 1960). Más tarde vinieron sus excavaciones del tambo incaico de Punta de Balasto y en el valle de Ampajango en Catamarca. Estamos en 1961 y Ana María meditaba su proyecto doctoral sobre arte rupestre que abarcaría cuatro regiones, una en La Rioja y tres en Catamarca. Según Tarragó (2017, p. 7), que acompañó las campañas de Campo del Ingenio, Río Seco, Río Vallecito y Mesada Barrera, Ana María desarrolló un novedoso método de registro, representación y análisis de las manifestaciones rupestres, que harían de su tesis material de consulta. Como se estilaba entonces, el Regimiento de Catamarca facilitó siete soldados como ayudantes del dificultoso trabajo de campo, quienes convivieron con las cuatro mujeres que llevaban a cabo la investigación de sitio. Según Tarragó (2017), Ana María, para sorpresa de los uniformados y de los habitantes locales, los trataba y dirigía con “gran soltura”, lo cual da cuenta de lo bien plantada, segura y determinada que estaba para conducir su carrera y, porque no, su vida, sorteando lo que hoy llamaríamos estereotipos de género sin pudor alguno. La campaña se reanudó en 1962, luego de lo cual Ana María desarrolló un largo trabajo cualitativo en laboratorio aplicado a imágenes, confeccionando fichas de registro y cuadros de distribución de motivos inspirados en los últimos trabajos sobre arte rupestre en América, a lo que adicionó métodos estadísticos. Para entonces, era Jefa de Trabajos Prácticos Regular de la materia Arqueología Americana a cargo del arqueólogo Eduardo Cigliano, aunque junto con los y las colegas de la UNL renunció tras el citado golpe del general Onganía en 1966. Meses después, y a los 30 años, defendió su tesis doctoral, una pieza ejemplar y, casi simultáneamente, ingresó a la Carrera de Investigador Científico en el Consejo Nacional de Investigaciones científicas y Técnicas (CONICET). Seguidamente, en el año 1967, asistió al Segundo Simposio Internacional de Arte Rupestre reunido en Huánuco, donde conoció a John Murra, con quien comenzaría una larga amistad y compartiría un nuevo campo disciplinar que la convocó a finales de la década siguiente y la convertiría en referente en la República Argentina.

A lo largo de la década de 1970 fue profesora de Arqueología Americana en la Universidad Nacional de La Plata, institución a la que llegó de la mano de Rex González, quien al regresar de los EU había

aceptado la titularidad de dos materias en la carrera de Arqueología. Ana María aceptó el convite, dado que no ejercía por entonces la docencia, aunque la responsabilidad la traumatizó pues no esperaba que su maestro la dejara a cargo de una de las cátedras: Arqueología Americana, Culturas Agro-alfareras. Confesó en un reportaje haber quedado en un profundo mutis por tres largos días, dado el impacto que la oferta le suscitó y la responsabilidad que sentía al asumir la docencia en una casa de estudios en la que la disciplina, anclada en el Museo de Ciencias Naturales, distaba de tener una mirada social. Para ella, los casi trece años de trabajo en La Plata no fueron una buena experiencia. Según su mirada, no lo querían a González y tampoco la aceptaban a ella, lo cual se reflejó en la falta de promociones en la Carrera de Investigador Científico (CIC) y en la carencia de becarios graduados. Aunque continuó produciendo y exponiendo sus trabajos en numerosos eventos científicos nacionales e internacionales, otras lecturas, y la situación en La Plata, derivaron en que ingresara lentamente en una crisis disciplinar. A mediados de la década de 1970, la radicación en Francia junto a su esposo, un conocido músico de cámara que se perfeccionaba en París, y su pequeña hija, la situó en el espacio en que la Etnohistoria renovaba los estudios andinos de la mano de John Murra y Nathan Wachtel. En sus palabras, la arqueología argentina había ingresado en la órbita de las ciencias duras, adoptando su metodología y técnicas, hechos que la acercaron a las lecturas de crónicas y a considerar el abordaje de documentación de archivo, tareas que los arqueólogos, a más de rechazar, “cuando las hacían las hacían muy mal”. No obstante la transición en la que estaba inmersa, se abocó a indagar las poblaciones prehispánicas ubicadas entre los ríos Dulce y Salado en la provincia argentina de Santiago del Estero. La fragosidad del terreno la hizo sentir incómoda en el trabajo de campo, aunque a pesar de sus dificultades, prosiguió por casi una década. Sus pies no la ayudaban para transitar las irregularidades del monte santiagueño y ello abonó aún más a alejarse de la arqueología. Sus artículos sobre el tema alcanzaron hasta 1979, pero la calidad y originalidad de su trabajo motivaron la publicación compacta de todos ellos en un libro a cargo de la provincia en 2015, evento que la emocionó visiblemente, sobre todo en la presentación de la obra (Lorandi, 2015).

Volviendo de París, donde había continuado su firme visión multidisciplinar de nuestro noroeste y labrado vínculos más que sólidos con Murra, Wachel y el equipo de jóvenes etnohistoriadores franceses y británicos, concretó su giro disciplinar y metodológico. Volvió a sus clases de la Universidad de La Plata mientras abandonaba, sin pesar ni nostalgia, la práctica arqueológica. No obstante, nunca dejaría de lado la mirada arqueológica y, sobre todo, del y en terreno. Insistía en que miráramos el paisaje cada vez que teníamos la oportunidad de viajar juntas al noroeste argentino o a Bolivia, a fin de imaginar la disponibilidad de recursos, la variedad de los cultivos según la altitud, mientras comentaba las técnicas de la agricultura prehispánica y los posibles asentamientos de la población. Entre finales de la década de 1970 e inicios de la de 1980, sus estudiantes de la Universidad de La Plata la destacaban por los temas y bibliografía que introducía en sus programas. Temas y textos reflejaban su transición y la ponderación de los etnohistoriadores que la habían marcado, al igual que los ecologistas y antropólogos de quienes se sentía parte. La arqueóloga Cristina Scattolin, que cursó la carrera entre 1972 y 1977, me contó que la orientación del Plan de Estudios de Antropología contenía tres especializaciones, una de ellas Arqueología. Había cursado Arqueología Argentina con Rex González, quien había sucedido en la cátedra y en la división americana a Fernando Márquez Miranda, Sistemas de Subsistencia con Rodolfo Raffino, Prehistoria General con Pedro Krapovickas, Arte y Antropología con María Carlota Sempé, Arqueología Americana I con Augusto Cardich y Americana II con Ana María. A González, Krapovickas y Ana María, que no eran nacidos ni criados en la Universidad de La Plata, sus colegas los consideraban “foráneos”.

A comienzos de la década de 1980 fue cuando la conocí por recomendación de Enrique Tandeter, quien había regresado a la Argentina luego de su exilio parisino. Ambos estábamos fuera del sistema y dados los temas que en un encuentro casual le comenté a quien fuera mi profesor de Historia Americana colonial, me incentivó a llamar a Ana María quien, en sus palabras, “trabajaba aislada en un cuartito”. Según Scattolín, el tal cuartito era el Aula de Encuadernación, un espacio pequeño, oscuro y sin ventilación, alejado

de las oficinas de los demás profesores, en el subsuelo del Museo. Como metáfora del disgusto que Ana María manifestaba por su trabajo en La Plata queda ese encierro en la oscuridad, del que saldría con brillo y enormes expectativas en 1984, coincidiendo con el fin de otra larga noche de desapariciones, crímenes y una guerra (la de las Islas Malvinas) con más muertos, la del golpe cívico militar autonombrado Proceso de Reorganización Nacional que se extendió entre 1976 y 1983. Poco antes de partir a su último desarrollo docente y de investigación en la Universidad de Buenos Aires (UBA), había retornado al sitio incaico de Potrero Chaquiago, en Catamarca, cuyo estudio derivó en la certeza de la presencia de un centro manufacturero de olleros incaicos en el antiguo Tucumán (Lorandi, 1984). Allí trabajó con dos de sus últimas discípulas, Beatriz Cremonte y Verónica Williams, la última quedando a cargo del sitio por las décadas siguientes.

En 1984 legó, llegamos, a un espacio yermo. Recuerdo el cuarto piso de 25 de Mayo 217, en la Ciudad de Buenos Aires, el primer día en que ingresamos. El edificio, donde radicaban los institutos de investigación y algunas bibliotecas especializadas, estaba vacío. El piso contaba con un conjunto de muebles viejos y en el despacho que sería el de la directora, había un escritorio de madera, un mueble antiguo de dos puertas y, como adorno sobre él, la cabeza de un iroqués. Poco a poco el lugar se fue poblando con arqueólogos que habían sobrevivido durante la última dictadura y los recién llegados, sin beca ni trabajo, que veníamos a participar de un nuevo armado bajo la responsabilidad de Ana María. Fue directora del Instituto de Ciencias Antropológicas entre 1984 y 1991. Organizó Secciones, convocó a profesionales de varias disciplinas y redactó numerosos y originales proyectos en un momento en que los retornados del exilio carecían de experiencia para ello, para un CONICET que volvía a adquirir vigor y presupuesto y que abría llamados para el ingreso de investigadores y becarios. Se ocupó de reflotar *Runa*, aunque no estaba convencida de poner en marcha una revista general, ya que no creía en ese tipo de soportes “puente” entre la antropología social y la arqueología. En ese momento, también asumió la cátedra vacante de Jean Velard, una antropología de las tierras altas nombrada Etnografía Argentina y Americana II. Los Ayudantes de esa cátedra no tenían experiencia ni lecturas como las que Ana María iba a introducir y renunciaron

a sus cargos. Fue entonces que nos propuso a Mercedes del Río y a mí acompañarla en el desafío docente. Dijo en un reportaje que las tres empujamos para vitalizar la carrera de Ciencias Antropológicas, que había estado cerrada durante la dictadura, y que Mercedes y yo fuimos “dos colaboradoras increíbles” (Torres Agüero et al., 2011). La experiencia de Rex González abriendo un campo disciplinar en la década de 1950, la había influenciado para introducir la Etnohistoria en esa coyuntura favorable que la avidez estudiantil y el contexto político acompañaron de manera excepcional. Dijo “haberse inventado la Sección Etnohistoria del Instituto”, convirtió la carencia en novedad y desplegó su saber y pasión en lo que juzgó una “rica experiencia” de la que no estaba ausente el “escape de los arqueólogos y sus problemas”. En 1988, en una reunión de trabajo, pensamos en que la cruzada que encaramos y la disciplina que desarrollábamos merecía una juntada amplia, más allá de la frontera nacional. En octubre de 1987, Ana María, Mercedes y yo, habíamos asistido a un Encuentro de Etnohistoriadores en Santiago de Chile. Las jornadas coincidieron con una protesta popular contra la dictadura pinochetista, lo cual nos hermanó con nuestros colegas más allá de las competencias académicas. Varios de ellos están aquí, Jorge Hidalgo y José Luis Martínez pero también Victoria Castro quien, junto a Ana María, nos están escuchando desde alguna estrella. Con ese antecedente las tres nos pusimos a trabajar en ese I Congreso que reunió a los maestros y a valiosos investigadores. Inaugurábamos la nueva sede de la calle Puan de la Facultad de Filosofía y Letras en 1989, donde se reunió un mundo a escuchar las sesiones del I Congreso Internacional de Etnohistoria, cuyas actas, lamentablemente, no pudimos publicar. Ese año una hiperinflación y la entrega anticipada del gobierno de Raúl Alfonsín al liberal ex-peronista Carlos Menem hizo tambalear muchos sueños. Luego, y siguiendo esa tradición, de la mano de Lidia Nacuzzi, tuvimos el VI Congreso Internacional de Etnohistoria en Buenos Aires en 2005.

Para entonces, Ana María había consolidado y comenzado a ampliar su propia tribu. Había conformado un equipo de notable calidad reforzado por la impronta andina que había señalado para sus discípulos, varios de los cuales eran estudiantes avanzados de antropología y jóvenes becarios. La reproducción de su tribu la

encaramos diferentes profesionales, algunos aquí presentes, como Roxana Boixadós, Lidia Nacuzzi, Carlos Zanolli y quien habla, desde distintos temas y problemas, pero con una misma impronta: la calidad de los trabajos y la capacidad de selección y el acompañamiento a los jóvenes que se nos acercan. Construimos equipos nacidos de una misma raíz que brotamos de ramas de un sólido árbol. Cuando concurríamos a un mismo congreso o evento, escuché a Ana María varias veces decir con orgullo, “aquí están la madre, por ella, la hija, por mí, y los nietos”, por mi grupo del PROHAL, por quienes tenía notable aprecio intelectual.

No he incursionado en la producción de Ana María porque ya lo hice en el evento y libro en su homenaje en 2010 en que se honraron los 25 años de la Etnohistoria en Argentina situados en su persona, porque aquí se tratan otras cuestiones que comparto en plenitud. Ana María fue agradecida con su maestro, más allá de distanciamientos y diferencias, los que también tuve con ella y de los cuales salimos limpias por haber conversado francamente sobre el alejamiento. Ella reconocía a tres maestros González, Murra y Wachtel y un espacio de formación en la Etnohistoria, el francés. Se sintió privilegiada por haber tenido la opción de elegir y haberla aprovechado haciendo lo que siempre quiso. Se juzgó apasionada como mujer y profesional, ávida de nuevas experiencias y siempre alerta para aprender y descubrir. Apreció la posibilidad de despertar al conocimiento cada día y absorbiendo algo nuevo en la investigación que, por cierto, decía no comenzaba cuando a una se le ocurre algo, sino que procede de lo que otros hicieron, a partir de lo cual se recoge un cabo suelto, para ampliar y reconfigurar lo conocido. Fue mujer de intuición poderosa y acreedora de una imaginación frondosa. Sus sueños eran dignos de guiones de película. Sus cuentos de amores y odios, pasiones y conflictos se plasmaron en alguna de sus mejores obras. Dijo haberse impactado por dos libros que dan cuenta de lo dicho en este ensayo y me permito interpretar: *Madame Bovary*, de Gustav Flaubert, por su horror a sentirse clavada en un espacio chato y sin salida y por el desafío de poder trascender el pueblo chico y volar a la gran ciudad, para alcanzar otras oportunidades, a riesgo de quedar en vuelo por las transgresiones y los sentimientos, a los que jamás les sacó el cuerpo, sin sentirse culpable de sus decisiones. El *Hombre Mediocre*

de José Ingenieros la puso en alerta frente a lo ordinario, banal y la falta de trascendencia, todo lo cual despreció y evitó. La síntesis de esas posturas desembozadas e incorrectas para su época, cristalizaron en su relectura de las rebeliones del Tucumán y en la recuperación de un personaje emblemático que resumió esos sentimientos que tanto supo apreciar y sentir: el amor, el odio, la fantasía, el sueño, la alucinación, el riesgo, la quimera, todo lo cual concentró en Pedro Bohorquez.

Me permití avanzar con interpretaciones sobre la vida profesional y personal de Ana María bajo ejes conceptuales del presente. Los historiadores trabajamos con campos teóricos que distan de haberse forjado en las épocas o períodos en que asentamos nuestros trabajos. Sin embargo, sus categorías y vertientes de análisis nos permiten abordar a los actores y actrices sociales en su contexto y arribar a hermenéuticas más ajustadas a las trayectorias de colectivos específicos, una actriz individual en este ensayo. Con la conciencia de género y generación, con los postulados de los feminismos y los ejes normativos que se busca poner en valor para construir las subjetividades sexuadas, es factible acercarnos a comprender las decisiones y derroteros de Ana María, su lucha por un espacio en la arqueología, primero, en la etnohistoria después, amarrado a su rol de esposa y madre. A más de sus propias caracterizaciones de sí misma que confesara en diversas ocasiones, estimo que Ana María fue una desobediente al desafiar, inicialmente, el modelo femenino que su familia, y por qué no sus profesores y hasta su mentor, esperaban que siguiera. Por el contrario, enfrentó, a su manera y en soledad, las restricciones personales y profesionales vigentes en el imaginario de su época a fin de conseguir una autonomía que iba a cristalizar, décadas más tarde, en una mujer nueva, la que ella se forjó, con su apego a la libertad, al pensamiento crítico, a la soltura con que tomaba decisiones, a la fortaleza con que ponía en juego sus proyectos y a su convicción para hacerse cargo de responsabilidades que hasta entonces cumplían los varones en el campo. Esa tendencia a la autonomía y a ejercer la autoridad comenzó tan pronto como en su primera campaña arqueológica de 1958 ilustrando que “me he dado el gusto de mandar a siete hombres”, mientras aclaraba que Rex González le había dicho al jefe del regimiento que iba a acompañar el trabajo

de campo, «elija a los más feos». Mientras invito al público, sobre todo al masculino, a meditar sobre esta orden del maestro, ayudo a deconstruir que el profesor cuidaba a su harem de toda influencia y contacto masculino con externos al equipo, reservándose el derecho de conducción, selección, acompañamiento y protección paternalista y patriarcal de SU colectivo femenino, su propiedad.

Nunca la vi rendirse frente a nada ni nadie. Si alguna vez sucumbió, fue frente a la calidad intelectual de sus colegas y maestros. Si se sintió débil alguna vez lo fue frente a la inteligencia de los otros. Fue poderosa porque integró comisiones y grupos evaluadores de instituciones como el CONICET y la UBA, y además de dirigir su propio equipo de trabajo, fue directora del Departamento de Ciencias Antropológicas, del Instituto de Antropología y de la Sección Ethnohistoria, de cuyos Congresos fue artífice y entusiasta participante, aun cuando su salud limitaba sus fuerzas y hasta su movilidad, como en Sucre en 2011 y Arica en 2014.

Vaya mi homenaje y reconocimiento a una luchadora, a una profesional generosa, apasionada, transgresora y comprometida con su labor que nunca se quejó por su suerte y más allá de cualquier avatar, siempre se consideró privilegiada y feliz.

Referencias

- Carrara, M. T., Lorandi, A. M., Renard, S., & Tarragó, M. (1960). Punta de Balasto. En *Investigaciones arqueológicas en el valle de Santa María* (Publicación N.º 4, pp. 13–42). Instituto de Antropología, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional del Litoral.
- Garbulsky, E. (2004). La producción del conocimiento antropológico-social en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional del Litoral entre 1956-1966: Vínculos y relaciones nacionales. *Cuadernos de Antropología Social*, 20, 41–60.
- Lorandi, A. M. (1984). Soñocamayoc, los olleros del Inka en los centros manufactureros del Tucumán. *Revista del Museo de La Plata*, 8, 303–327.
- Lorandi, A. M. (2015). *Tukuma-Tukuymanta: Los pueblos del búho. Santiago del Estero antes de la conquista*. Subsecretaría de Cultura.
- Madrazo, G. (1985). Determinantes y orientaciones de la antropología argentina. *Boletín del Instituto Interdisciplinario de Tilcara*, 1, 13–56.
- Tarragó, M. N. (2017). Obituario. *Surandino Monográfico*, 3, 5–12.
- Torres Agüero, S., Gesteira, S., & Hirsch, M. (2011). Ciclo de encuentros «Trayectorias»: Ana María Lorandi. *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, 9(9), 151–165.